

Cuentos breves

La Lagartija

Todavía no puedo olvidar a la lagartija que se me metió por el botapié del pantalón y subió por mi pierna con una agilidad que me hizo erizar los pelos. Lance un grito desesperado y, dándole una palmada que sonó como un sopapo, la aplasté contra la piel de mi muslo. Sacudí el pantalón, suponiéndola muerta o herida, pero lo único que cayó al suelo fue su cola que se movía con fruición. El cuerpo de la lagartija desapareció misteriosamente. No supe dónde se metió, sino hasta cuando empezó a salirme una macha verdosa a la altura de la entepierna, justo allí donde la piel se levantó en forma de una pequeña salamandra: el cuerpo alargado, la cabeza punteada y las patas extendidas a los costados. Y, aunque a primera vista parecía un tatuaje chino, me causó una angustia que me quitó las ganas de vivir.

Con el transcurso del tiempo, aquella parte del muslo adquirió una tonalidad negruzca y la piel se me puso rechoncha. Lo peor es que la lagartija, cada vez que yo daba un paso o corría, parecía moverse debajo de mi piel como si estuviese viva. No sentía dolor ni escozor, pero experimentaba una sensación sólo conocida por quienes tienen un reptil metido en el cuerpo.

Este secreto guardé celosamente, hasta que un día, sobrecogido por el miedo de que la lagartija se me metiera en alguna concavidad oscura, decidí consultar con un zoólogo, quien, sin salir de su asombro, me aconsejó visitar a un médico cirujano, para que me extrajera la lagartija y me injertara otra piel sobre la herida. Así lo hice. El cirujano, muy extrañado por el caso, me operó el muslo y me injertó otra piel que, por un error irreversible, resultó ser la piel de otro reptil más escamoso y venenoso.

Desde entonces, en lugar de la lagartija, cargo una serpiente enroscada entre las piernas.

El sicario

El día en que iba a matar al enemigo principal del gobierno, el cielo despertó encapotado y la lluvia caía disolviendo los ruidos de la ciudad; en tanto yo, un simple sicario, que siendo aún joven cargaba ya una lápida en la espada, desperté temprano, me enfundé en un traje de cuero negro, impecable, y me calcé los botines de tejanos, aquéllos que compré con la mitad del dinero que me pagaron por adelantado.

Entré en el baño, me lavé la cara y limpié el borde del lavado, donde preparé una hilera de cocaína, esa fiel compañera que llenaba los vacíos de mi existencia, sin traicionarme ni delatarme. Enrollé un billete de mil pesos hasta convertirlo en un canuto, a través del cual inhalé con fruición la hilera de polvo blanco, tapándome una fosa nasal con el dedo. Minutos después estaba plétorico de vida, sonriente, queriendo tragarme el mundo y dispuesto a seguir mis instintos de asesino.

En el dormitorio, donde estaban escondidas las armas y las fotografías de quienes debían ser asesinados en los próximos días, se impregnó el perfume de la prostituta que me abandonó a media noche, sin confesarme su edad ni su nombre. Abrí la gaveta del velador, saqué la pistola de seis tiros y, sintiendo el roce del frío



Victor Montoya en Copenhague, al pie del monumento de H. Cristián Andersen

metal contra mi piel, me la puse en el cinto.

Aseguré la puerta y descendí las gradas hacia el garaje donde estaba aparcado el coche descapotable, cuyo motor, al encenderse, arrancó con la fuerza de muchos caballos. Recorrí por las calles mojadas de la ciudad, sin otro pensamiento que acabar con la vida del enemigo principal del gobierno, de quien no tenía más referencias que una fotografía ajada y el número de la casa donde vivía.

Atrás quedó la ciudad, como flotando en la lluvia. Yo detuve el coche contra la acera, miré en derredor y miré el número de la casa donde debía consumar el crimen. Me ajusté los guantes de cuero negro y me cubrí la cara con un pañuelo. Bajé del coche. Dejé la puerta abierta y el motor encendido. Subí en el ascensor hasta el segundo piso, sintiendo que la cocaína y la adrenalina aumentaban mi pulso y mi coraje. Golpeé la puerta y escuché unos pasos que se me acercaban desde el otro lado. Entonces yo, decidido a matar a sangre fría, me paré con mi mejor estilo: las piernas abiertas y clavadas en el piso, la pistola sujeta con ambas manos y la mirada alerta. Al abrirse la puerta, asomó el rostro de ese hombre

idéntico al de la fotografía. No le dirigí la palabra y, sin pensar dos veces, lo revolqué a tiros sobre la alfombra roja como su sangre.

"Misión cumplida", me dije, mientras la detonación de los disparos me perseguía hacia donde estaba el coche, rugiendo como bestia herida. "Misión cumplida", me volví a decir, aferrándome al volante y alejándome del lugar, donde quedó el cadáver de la víctima, cuyos ojos, que reflejaban la pureza de su alma, me dieron la impresión de que se trataba de un buen tipo. Pero como mi deber no consistía en sentir compasión por el prójimo, sino en quitarle la vida a pistoletazos, me fui pensando en que todos somos iguales a la hora de la muerte.

No muy lejos de donde vivía, entre un hotel de lujo y un teatro de variedades, un piquete de seis policías me detuvo en el camino. Los policías se apearon del auto de sirena aullante, me hicieron señas de "alto" y, portando armas más pesadas que la mía, me tendieron un cerco para quitarme la vida. De modo que, resignado a morir como un simple sicario, sin honores ni glorias, cargué el tambor de la pistola, salté del coche hacia la calle y me bati a tiros por el lapso de varios segundos, hasta que uno de los policías, quien yacía herido a mis espaldas, me disparó a quemarropa y me tendió de bruces.

"De no haber sido ese maldito polvo blanco, que se apoderó de mi cuerpo como un fantasma dispuesto a despertarme los instintos salvajes, estaría todavía con vida", pensé, ya muerto, justo cuando la campanilla del reloj me despertó de la pesadilla, donde se cumplió el refrán que alguna vez me refirió mi padre: "El que a hierro mata, a hierro muere".

VICTOR MONTAYA
bolivia, en su...
varios libros de cuentos...